

Jorge Valenzuela

Carta de Álvaro

Ismael se despertó algo alarmado por una especie de murmullo que no podía identificar en medio de su sueño. Cerca de la ventana por donde se filtraba una brisa aún benigna, la humedecida mirada de Carmen, descansaba sobre la última foto de Álvaro, el único hijo de ambos, en la que se le veía delante de su amplia y hermosa casa en Miami, junto a Rose, su esposa americana.

La foto había llegado acompañada de una carta en la que Álvaro, graduado de arquitecto, les decía después de muchos meses de silencio que estaba bien de salud y seguía trabajando. Era la primera foto, además, en la que Carmen, después de insistir mucho tiempo, podía ver la casa que su hijo se había comprado hacía dos años en esa ciudad.

Luego de unos segundos Ismael buscó a Carmen a su costado y, al no encontrarla, descubrió las mantas. Cuando al fin pudo verla cerca de la ventana se incorporó y corrió hacia ella para abrazarla. No se escucharon preguntas, ni se buscaron explicaciones que intentaran aclarar algo. Ismael, al ver la

foto de la casa de Álvaro entre las manos de su esposa, comprendió lo que sucedía.

Esa tarde Carmen tuvo que imaginar, a partir de la foto, las dimensiones del terreno y algunos detalles más. Tuvo que hacerlo porque Álvaro no se prodigaba en información ni en generosidad, pero sobre todo porque, después de renunciar definitivamente a la idea de que algún día pudiera llamarlos para vivir nuevamente juntos, a ella sólo le quedaba soñar y desear. En realidad estaba segura de algo: Álvaro jamás la llevaría a vivir a Miami.

*

Carmen tenía la foto en las manos y no dejaba de mirarla, a pesar de que Ismael trataba de llevarla nuevamente a la cama. Para ella, en esos momentos, recordar, a pesar de todo, se convirtió en una necesidad justificada por el deseo de entender, de liberarse de sentimientos negativos, de compartir el éxito de su hijo; ese éxito que, de alguna forma, reclamaba para sí misma.

Habían pasado cinco años desde esa noche. Álvaro llegó a la casa y dio la noticia sosteniendo su pasaporte guinda a una altura que convertía al documento en un trofeo. Dijo que le habían otorgado una visa a Estados Unidos y que su futuro estaba allí. Álvaro parecía dueño, por primera vez, de una verdad absoluta.

Carmen recordó que, después de escucharlo, Ismael no puso ninguna objeción y menos ella que, en ese momento de euforia y ante la idea de que Álvaro mejorase su vida, no pudo intuir que su hijo no regresaría más al Perú.

Lo cierto es que Álvaro adelantó su viaje. Había mirado atentamente a su alrededor obligándose a no mentir y había descubierto una pobreza que lindaba con la miseria, una im-

perdonable amargura en los rostros que antes había visto sosteniendo con dignidad su suerte y que, al parecer, no estaba dispuesto a soportar.

—Sólo basta mirarnos —dijo, luego de una discusión con su padre. —Nuestra casa es alquilada, vivimos en un barrio pobre, no tenemos amistades influyentes y de los parientes más vale mantenerse alejados.

*

Carmen recordó, mirando la copa de los árboles mecidos por la brisa nocturna, la forma en que Álvaro empezó a odiarse por ser pobre y a preguntarse cómo había llegado a ser quien era. En su recuerdo evocaba situaciones odiosas, enfrentamientos entre él y su padre, largos silencios que herían cualquier dignidad. Era verdad, nadie nunca despreció a Álvaro pero siempre hubo razones para subestimarle, para no esperar nada que pudiese cambiar el orden de su vida. Quizá el hecho de estar estudiando una carrera de la que los demás se sentían más orgullosos que él, era lo único que podía infundir respeto en los demás.

Cuando cumplió treinta años aún le faltaba uno para recibir el título, pero todavía no le importaba, como después sí, llegar a ser un profesional. En realidad todo cambió cuando se sintió solo, cuando se abrió ante él, implacablemente, el vacío que fueron dejando los amigos que se iban al extranjero. Fue eso lo que lo volcó en definitiva a los estudios hasta que se licenció como arquitecto. Fue en ese momento, también, en que experimentó la fragilidad de la amistad, ese áspero abismo de soledad que todavía ronda alrededor suyo.

Si alguna vez constató que su vida cambió con la destrucción de su mundo amical, luego recordaría que, en efecto, lo

más importante de todo fue el hecho de que desde entonces empezó a buscar su propia oportunidad.

*

Carmen escuchó, en medio de esa agradable brisa y cuando Ismael ya había vuelto a la cama cansado de tanto insistir, la voz de Álvaro por el teléfono, tres meses después de salir del Perú. Esa voz que, ajustada a un tono desconocido y bastante serio, le informaba que había encontrado trabajo como practicante en una constructora de arquitectos venezolanos y que empezaba al día siguiente. Esa voz y esas palabras que siempre volvían por la noche, llenándola de alegría pero también de una desazón hasta entonces desconocida.

Carmen se convenció ese día, sin mayores argumentos, de que Álvaro no volvería al Perú y que el sueño de ver alguna vez a su hijo construyéndole su propia casa jamás se realizaría. No quería pensar que el amor que Álvaro sentía hacia ellos se había debilitado o reducido a la nada. Tampoco que pudiera tener motivos personales para olvidarlos. Prefería pensar que la felicidad de su hijo no estaba en el Perú y que si había optado por no volver más, debía respetar esa decisión.

Cuando Álvaro cumplió dos años de permanencia en los Estados Unidos regularizó su situación como extranjero. Luego, vino un ascenso en la empresa que le supuso el doble de ingresos, su matrimonio con Rose y la petición de la nacionalidad americana.

*

Carmen despegó la mirada de la foto, entornó la ventana porque aquella brisa benigna empezaba a convertirse en una corriente fría y húmeda, y se volvió a acostar. Dejó la foto al alcance de su mano, sobre la mesa de noche junto a la carta de Álvaro y se dijo que intentaría dormir. Allí también estaba

el tercer y último aviso judicial que les advertía de un lanzamiento si no dejaban, en cinco días, la casa en la que habían vivido los últimos 30 años.

Nunca imaginó que tendría que soportar tanta vergüenza, tanta humillación. Pensó nuevamente en la casa de Álvaro y por primera vez sintió envidia de su propio hijo, ese tipo de envidia que no puede ocultar, a quien la siente, la parte de vergüenza con la que está hecha. Se dijo, para apaciguar la extraña sensación de estar cometiendo un crimen, que aunque Álvaro estuviese en la obligación de ayudarlos, preferiría morir antes de que su hijo sintiera vergüenza de ellos.

No quiso aceptarlo, pero en ese momento comprendió que las lágrimas que habían caído de sus ojos eran por ella misma. Miró el rostro de Ismael hundido en su almohada, el inevitable gesto de amargura instalado en cada uno de sus rasgos.

Cogió nuevamente la foto pero esta vez no se detuvo en ella: la rompió en silencio como si con ese acto renunciara definitivamente a su hijo y a todo lo que significaba, y se dijo que no lloraría nunca más.

*

A la mañana siguiente, mientras tomaban el desayuno preparado por Carmen, Ismael de pronto se sintió mal. Se detuvo a mirar el fondo de la taza de café que acababa de beber y dirigió una mirada interrogativa a los ojos de su esposa, en los que sólo pudo leer una invencible resignación, lo inevitable ejerciendo su dominio.

—No tengas miedo —dijo ella. —Será rápido.

Cuando Ismael cayó al suelo arrastrando el mantel de la mesa, Carmen, entre lágrimas, pudo observarlo unos segundos con amor, mientras bebía de su propia taza. Ahora ella también debía esperar.

—Será rápido —repitió.